

Liputto



Historias de gnomos y trolls

por
Jakob Streit

Ilustrado por
Susanne A
Mitchell

Stories of Gnomes and Trolls

Liputto

Historias de gnomos y trolls

por Jakob Streit

traducido por Nina Kuettel

ilustrado por

Susanne Aléthea Mitchell

Waldorf
PUBLICATIONS

INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN *Waldorf*

Publicado

por:

Publicaciones Waldorf en el
Instituto de Investigación para la
Educación Waldorf
Calle principal 38
Chatham, NY 12037

Título: *Liputto: Historias de gnomos y trolls*

Autor: Jakob Streit Traductor:

Nina Kuettel

Ilustrador: Susanne Aléthea Mitchell

Editor: David Mitchell

Maquetación: Ann Erwin

Correctora: Nancy Jane

Portada: Hallie Wootan

Edición original © 1999 AWSNA

ISBN# 1-888365-26-9

2ª edición © 2016 Waldorf Publications ISBN#

978-1-936367-95-5

Serie de planes de estudio

El Comité de Publicaciones del Instituto de Investigación se complace en presentar esta publicación como parte de su Serie Curricular. Los pensamientos e ideas aquí representados son únicamente los del autor y no representan necesariamente ningún criterio implícito establecido por Publicaciones Waldorf. Nuestra intención es estimular la mayor cantidad posible de escritos y reflexiones sobre nuestro currículo, incluyendo diversos puntos de vista. Por favor, póngase en contacto con nosotros en patrice@waldorf-research.org para hacernos llegar sus comentarios sobre esta publicación, así como sus peticiones para futuros trabajos.

Contenido

El Troll de la Red.	7
El troll de la red y la libélula...	9
El troll de la red va tras las mariposas...	13
El troll de la red va tras una rana...	15
La historia del pequeño gnomo Liputto .	17
Liputto y la violeta pisoteada...	20
Liputto y la mariposa coja. .	22
Un pajarito se cae del nido...	23
Liputto salva a un conejo. .	26
El hermanito y la hermanita en la cima del acantilado...	30
Liputto y la Taza de Plata...	35
Liputto va a los niños...	38
Liputto va a la escuela...	42
Más itinerancia.	45
De vuelta a la cascada...	49
Cuando la copa se perdió...	53
El sueño de la copa...	59

Sobre el autor

Jakob Streit es profesor Waldorf en Suiza desde hace muchos años. Es un maestro de la narración y ha escrito muchos libros, entre ellos *Brother Francis, Geron and Virtus, Little Bee Sunbeam, Invisible Guardians, Journey to the Promised Land, Three Knight Tales* y *We Will Build a Temple*.

Sobre el ilustrador

Susanne Aléthea Mitchell fue alumna de la Pine Hill Waldorf School y de la High Mowing School, una escuela secundaria Waldorf de New Hampshire. Se graduó con honores en el California College of Arts and Crafts con una doble especialización en pintura y dibujo. Como artista en activo, ha expuesto en varias galerías. Ha ilustrado varios libros para la publicación Waldorf, entre ellos *Viaje a la tierra prometida, Crecer y convertirse* y *Construiremos un templo*.

La red Troll

Tn otro tiempo había un trozo de agua muy tranquilo, de color azul verdoso, que era un estanque. Un pez de colores nadaba en él a la luz del sol. Cuando los rayos de sol caían sobre sus escamas, éstas se iluminaban como el oro. Entonces, unos pequeños mosquitos vinieron y volaron sobre los peces brillantes arriba y abajo. Tarareaban: "¡Qué bien se está aquí! El sol celestial brilla arriba, y abajo brilla el pequeño sol del agua". Cuando el pez dorado seguía nadando, los mosquitos volaban tras él. Si uno escuchaba con atención, el delicado zumbido de los mosquitos sonaba como música.

Cerca del estanque había una cueva. En la cueva vivía un troll con los dedos pegajosos. Siempre quería meter más y más cosas en su cueva. Si veía una flor bonita, la arrancaba y la tiraba en su cueva sin siquiera admirarla bien. Si veía un bicho brillante... ¡pum!... se metía en la cueva.

Un día el troll descubrió al hermoso pez dorado en el estanque y gruñó con fuerza: "Quiero atraparlo. A él me lo tengo que llevar a mi cueva".

Los pequeños mosquitos lo escucharon. Lo hablaron juntos para decidir cómo podían proteger a los peces de colores.

El gnomo se dirigió a la gran araña que debía tejer una red muy fuerte para él. En algún lugar encontró un vaso que los humanos habían tirado. Lo llevó a la cueva y lo llenó de agua. Después de recibir la red de la araña, se arrastró hasta el estanque.

Pero los mosquitos llamaron a los peces de colores: "¡Escóndete! ¡Sumérgete en las profundidades! ¡Viene el Troll de la Red! Quiere atraparte". El pececito se zambulló en el fondo del estanque, en el verde

musgo del agua. Cuando el Troll de la Red se acercó, el pececito ya no estaba.

Y así fue durante unos días. El Troll de la Red no se dio cuenta de lo que los mosquitos le decían al pececito. Al final se enfadó y no dejó al pez en paz.

Un día, cuando los mosquitos bailaban sobre los peces de colores, empezó a llover. Para mantenerse secos, los mosquitos tuvieron que volar bajo las hojas de un árbol. Cuando el trol de la red se acercó sigilosamente, no estaban allí para advertir a los peces de colores: "¡Escóndete!". El trol lanzó su red al agua, y el pececito se metió dentro. El trol sacó la red, cogió el pececito y empezó a metérselo en el bolsillo. En ese momento, un mosquito bajó del roble y, ¡pum!, le dio un fuerte golpe en la mano. Asustado, soltó el pez y éste volvió a caer al agua. ¡Chicharrón! ¡Soosh! Desapareció y se sumergió hasta el fondo, hasta el fondo.

Los mosquitos se decían unos a otros: "No podemos dejar que el Troll de la Red capture a nuestros pececitos. Algunos de nosotros deberíamos estar siempre bailando sobre el estanque, incluso cuando llueve. Las gotas de lluvia no son tan malas". Mientras los mosquitos bailaran, el Troll de la Red no podría dañar a los pececitos.



El troll de la red y la libélula

On día, una libélula se posó sobre un lirio verde en el estanque donde vivían los peces de colores. El lirio blanco olía de maravilla. La libélula se levantó y voló sobre la flor, batiendo sus alas para extender el perfume por el aire. Cuando se cansó, se posó de nuevo sobre la hoja verde.

En ese momento, el pez dorado se acercó nadando. Levantó la cabeza un poco fuera del agua y le habló a la libélula: "¿Conoces al Troll de la Red? Siempre intenta atraparme. Hasta hoy, los mosquitos me avisaban cuando se acercaba sigilosamente al estanque. Pero ahora han volado hacia el pantano. ¿Podrías, querida libélula, ser mi vigía y decirme cuándo viene el Troll de la Red?"

La libélula respondió: "¡Sí, eso haré! Tengo tiempo para eso. A mí tampoco me gusta el Troll de la Red. Una vez intentó lanzar su red sobre mí. Pero pude alejarme de él, a la velocidad del rayo".

Aquella tarde, la libélula se dio cuenta de que el Troll de la Red se acercaba, así que voló hacia el pez de colores. Se hundió tanto que sus alas filosas tocaron el agua e hicieron pequeñas olas. El pececito supo: *¡Ahora tengo que esconderme!* El Gnomo de la Red no encontró al pez por mucho que se escabullera por el estanque y se asomara al agua.

Un día la libélula pensó *Hoy quiero volar un poco hacia el pantano para jugar con los juncos al viento.*

En cuanto desapareció, el Troll de la Red se deslizó astutamente hasta el estanque. No había nadie para avisar al pez. Lanzó la red y el pez dorado volvió a revolotear en su interior. Esta vez el Troll de la Red se metió rápidamente el pez en su oscuro bolsillo. El pececito se sintió débil y enfermo en el aire. No pudo hacer otra cosa que estremecerse un poco.

Cuando el gnomo llegó a su cueva, metió el pez dorado en el

agua de la pecera y puso una piedra plana encima. Luego se acostó



se tumbó en el suelo frente a la pecera de cristal y se quedó mirando al pececito. El gnomo quedó fascinado al ver cómo el pececito se contoneaba en el agua y se golpeaba la cabeza contra la pared de cristal una y otra vez. Cuando el gnomo hubo mirado con lupa el tiempo suficiente, trotó hacia el bosque cercano.

Un rato después, la libélula volvió al estanque. Aunque buscó y buscó, no encontró ningún pez dorado.

Una rana croó: "El trol se lo llevó".

La libélula pensó: *Sé dónde está su cueva. ¡Voy a ir a ver!*

Voló hacia la cueva tan rápido como un rayo. El gnomo estaba lejos. La libélula voló con cuidado hacia el interior y vio al pez apresado. Pero no pudo deslizar la pesada piedra de la pecera de cristal. La libélula pensó: *Iré a buscar al gran cuervo, Craw-Craw. Es muy fuerte. Puede ayudar.*

La libélula voló hasta el roble donde Craw-Craw descansaba a menudo. Sí, ¡estaba allí! La libélula zumbaba alrededor de su cabeza y su pico.

"Craw, craw", llamó, "¿Puedes venir a ayudarme? El trol ha encerrado al pez dorado en su cueva. Tenemos que liberarlo".

Craw-Craw contestó rasposamente: "Cuenta conmigo. Ya voy. Troll quiso lanzar su red sobre mí una vez, pero era demasiado pequeña. Pude escapar".

La libélula y el cuervo volaron juntos hacia la cueva del trol. ¡Umpff y harrumpff! Y Craw-Craw inclinó la piedra plana.

La libélula gritó: "Pececito, el cuervo te llevará de vuelta al estanque. No tengas miedo. No se traga a los peces".

Así que el pez dorado se dejó llevar por el pico del cuervo. Craw-Craw voló hasta el estanque y lo metió en el agua. Oh, qué glorioso fue volver a nadar en el precioso y verde estanque.

Cuando el gnomo volvió a su cueva, se dio cuenta enseguida de lo que había pasado. Enfadado, tiró el cuenco de cristal fuera de la cueva y se hizo añicos contra una roca. Pero nunca llegó a saber cómo se había escapado el pez dorado.



El troll de la red va a por las mariposas de

Fntonces el Troll de la Red dejó al pez dorado solo. Ya no tenía una pecera de cristal donde guardarlo. Un día, mientras movía la cabeza de un lado a otro durante mucho tiempo, se le ocurrió una idea:

Llevaré mi red a la caza de mariposas y atraparé hermosas mariposas. Quería pegarlas en las paredes de su cueva con miel. Pero primero tenía que encontrar miel.

Sabía de una colina donde algunos abejorros habían hecho agujeros para sus nidos. Se escondió en la hierba. Cuando los abejorros volaron por la mañana, el gnomo sacó la miel de los nidos con unas cuantas conchas de bellota que había traído para guardarla. Cuando volvió a su cueva, untó la miel en las paredes. Luego cogió su red y se dirigió al prado.

Lo primero que cogió fue una mariposa amarilla, la llevó a su cueva y la pegó en su pared. "Tengo que tener muchas, muchas más. Eso hará que mi oscura cueva sea más bonita", dijo con brusquedad.

Pronto atrapó una mariposa blanca, una azul y una con un bonito dibujo. Todas estaban pegadas en la pared.

El gnomo vio una abeja sentada en una flor. Una mariposa monarca se dirigía a esa flor cuando... ¡suéltala! La mariposa estaba en la red. El gnomo regresó a su cueva y la abeja lo siguió. Observó cómo el gnomo sujetaba la mariposa a la pared con la miel. Vio a las otras mariposas capturadas allí. La abeja se horrorizó al ver lo que estaba sucediendo. El gnomo sonrió y contó cuántas había capturado.

tenía en la pared. Había cinco. Intentaron mover las alas para liberarse. Fue inútil. La miel los retenía.

La abejita voló rápidamente a su colmena y le contó todo a la abeja reina. La reina le aconsejó: "Lleva a un grupo de tus hermanas abejas a la cueva, aspira la miel y entonces las mariposas podrán volar de nuevo y escapar".

Las abejas se reunieron rápidamente y volaron con la abeja mensajera hacia la cueva del trol. El travieso seguía sentado dentro y hacía cosquillas a las mariposas con una brizna de hierba mientras ellas sólo podían revolotear indefensas. Dios mío, qué ruido de zumbidos hubo cuando todas las abejas entraron volando en la cuevita. El gnomo trató de espantarlas de nuevo, pero -¡pick-pick-pick!- recibió unas cuantas picaduras y salió gritando de la cueva.

Ahora las abejas podían lamer las mariposas de las paredes sin ser molestadas. Medio aturdidas, las mariposas liberadas se arrastraron fuera de la cueva. Sus alas se secaron en cuanto salieron al sol. Dieron las gracias a las abejas y salieron volando al luminoso mundo. Las abejas sorbieron las últimas gotas de miel de las cáscaras de las bellotas y luego volaron a casa para decirle a la reina que todo había salido bien.

Aquella noche el gnomo no se atrevió a volver a su cueva, así que pasó la noche en las raíces de un tocón de árbol.

El troll de la red va tras una rana de

Tl día siguiente, un Troll de la Red muy aburrido estaba sentado en su cueva. Se arrancó unos cuantos pelos de la barba y empezó a trenzarlos. Entonces se le ocurrió una idea: *Podría atar algo en la cueva con esta cuerda de pelo.* ¿Pero qué? Se acercó sigilosamente al estanque y miró a su alrededor. Una pequeña rana verde con ojos amarillos y dorados estaba sentada en un nenúfar.

"¡Voy a atraparlo!", susurró el gnomo.

A través de los juncos, el gnomo se acercó y lanzó la red. La ranita quedó atrapada dentro. No pasó mucho tiempo antes de que estuviera sentada como prisionera en la cueva del trol con un pie atado fuertemente a una clavija de madera. El trol le hacía cosquillas con una pequeña vara, sólo por diversión, hasta que la miserable ranita sólo podía saltar de un lado a otro.

La libélula vio lo que había hecho el trol. En ese momento, una abeja y una mariposa estaban sentadas juntas en un nenúfar. Estaban hablando de la terrible cueva del trol. La libélula se unió a ellas y les contó lo que acababa de ocurrir. Los tres hablaron sobre lo que podían hacer para defenderse de las horribles acciones del trol.

De repente, la abeja tuvo una buena idea. "He visto un fuerte erizo junto a las flores del bosque. Está lleno de púas afiladas. Podría tapar la cueva para que el trol no pudiera volver a entrar en ella". A los demás les pareció una sugerencia excelente. La abeja encontró al erizo y le zumbó el mensaje en los oídos.

Cuando le contaron todo, el erizo se estremeció y dijo: "¡Dejadme a mí! Me desharé de ese troll sin duda alguna. Muéstrame

el camino". Y trotó detrás del vuelo de la abeja, la mariposa y la libélula.

La entrada de la cueva del trol era baja. El erizo se metió dentro y llenó toda la abertura.

El trol se asustó cuando la cueva se volvió repentinamente tan oscura, y gritó: "¡Vete de aquí, pútrido puercoespín!".

Eso no molestó al erizo. Replicó: "¡Vete de aquí ahora mismo o te escupiré espinas afiladas en la barriga!".

El trol empezó a temblar de miedo. El erizo le abrió el camino. El gnomo se alejó a grandes saltos y no se le volvió a ver. El erizo mordió entonces la cuerda de pelo y dejó libre a la ranita. La rana dio las gracias al buen erizo y saltó de vuelta al estanque tan rápido como pudo.

El erizo también masticó en pedacitos la red que había dejado el gnomo y luego se acostó allí mismo a descansar. Pensó: *Esta cueva será un buen refugio para el invierno. Creo que me quedaré aquí.*

A la mañana siguiente, cuando salió el sol, la ranita estaba sentada en el nenúfar y la abeja y la mariposa estaban en la flor del lirio blanco. El pez dorado nadaba en círculos. La ranita contó cómo el erizo se había librado del Troll de la Red y había masticado su malvada red. Ahora volvía a haber paz y tranquilidad en el estanque verde. Y de vez en cuando la ranita emitía un alegre canto desde los juncos.

Cuando llegó el otoño, el erizo llenó la cueva de hojas y durmió bien el invierno en su interior.

¿Pero dónde estaban las abejas en invierno? Dormían en su colmena acurrucadas junto a su reina.

¿Y dónde estaba la libélula? ¿La mariposa? Se encomendaron a la Madre Tierra, para que en el nuevo verano pudieran volver a ser jóvenes.

¿Dónde pasó el invierno la ranita? Se metió en el fango del estanque para dormir todo el invierno, de modo que cuando llegara la primavera pudiera croar fresca y nueva.

La historia del pequeño gnomo

Liputto

Liputto era un gnomo de raíz de flor de montaña. Vivía en las montañas desde hacía muchos años. En verano ayudaba a las flores de la montaña a crecer. Cuando florecían, arrastraba la luz del sol a través de las raíces hacia la tierra. Así surgieron gotas de sol en la tierra que eran como pequeñas joyas. Liputto y muchos otros gnomos llevaron las gotas de sol a lo más profundo de la tierra y dividieron sus rayos para que todo brillara en otoño e invierno. La Madre Tierra necesita muchas para que en primavera todo pueda crecer y florecer bien.

El maestro gnomo le contó todo esto a Liputto: "Las flores azules gotean luz azul en la profundidad, las flores rojas, luz roja: todos los colores del arco iris".

Todos los años, al llegar el invierno, aparecía un anillo de color en el gorro de gnomo de Liputto. Los que habían trabajado para las flores de la montaña durante siete años llevaban los siete colores del arco iris en sus gorros. Liputto llevaba ahora su séptimo anillo y se alegraba de que, cuando llegara la primavera, obtendría un gorro itinerante y podría vagar durante un año. Entonces podría estar en la tierra o encima de ella, invisible para los humanos, y vagar por todas partes durante todo un año.

En primavera, Liputto acudió al maestro de los gnomos para cambiar su gorra arco iris por una gorra azul itinerante.

El maestro habló: "Liputto, ten cuidado de no perder la gorra de vagabundeo. Mientras lo tengas en la cabeza, ningún humano podrá verte. Si te lo quitas o lo pierdes, serás visible para los humanos. El gorro azul te hace invisible. Sólo los animales pueden verte siempre, aunque lo lleses

puesto. ¿Dónde quieres ir?"



Liputto respondió: "Primero, quiero conocer muchos animales de la tierra y mirar un poco para ver qué hace la gente".

El maestro gnomo dijo: "Los animales no te harán ningún daño, pero no te quites nunca la gorra cuando estés cerca de la gente. Si te ven, nunca sabes lo que se les puede meter en la cabeza. Los paseos más hermosos son los que se hacen bajo tierra. Allí verás bonitos cristales, joyas, oro y plata".

Cuando Liputto se quitó la gorra de arco iris y recibió la azul, miró con un poco de tristeza los hermosos colores del arco iris.

El maestro gnomo le consoló: "Los elfos raspan el delicado polvo de colores del gorro del arco iris para dárselo a las mariposas. El próximo verano revolotearán en el mundo soleado con sus colores en las alas".

Liputto no estaba muy seguro de cómo funcionaba todo esto, pero ahora estaba contento de tener su gorra itinerante.

Liputto y la violeta pisoteada

Liputto comenzó con ánimo alegre la primavera. Estaba tan contento que de vez en cuando, en el bosque, lanzaba su gorra al aire. En el límite del bosque salió de la maleza, se quedó quieto y escuchó el mundo. ¿Qué fue eso? Junto al sendero escuchó una voz tranquila y lúgubre.

"¡Oh, el dolor! ¡Estos pies humanos! ¡Oh, el dolor! Estos pies humanos!"

Liputto miró más de cerca y contempló una plantita con pétalos pisados. Era la violeta.

Liputto preguntó: "¿Qué pasa? Estás completamente desinflado".

El violeta respondió: "Un pie humano pasó por aquí y me pisó".

Liputto se agachó y dijo: "¡Yo te ayudaré! Soy bueno acariciando hojas y raíces y poniéndolas en su sitio".

Con sus ágiles dedos comenzó a aflojar la tierra y a apretar las hojas. Cogió agua de un pequeño arroyo y le dio de beber a la planta.

Liputto preguntó: "¿Qué huele tan bien aquí?"

La violeta dijo: "Mis flores liberan su perfume como agradecimiento, querido gnomo".

Liputto quiso acercarse con su nariz a la pequeña violeta. Se quitó la gorra y la puso en el suelo a su lado. Su nariz se puso un poco azul de tanto olerla. ¡Era fabuloso! No se dio cuenta de que el pie humano volvía a bajar por el camino. No fue hasta que estuvo casi encima de él cuando oyó los pisotones y los arrastres. Olvidando ponerse la gorra, miró el pie. En realidad eran dos pies, y por encima de ellos había unas piernas largas y marrones, y además

hasta una chaqueta azul, y en la parte superior había una cabeza redonda con pelo rizado y castaño. Tenía la boca abierta de par en par y miraba fijamente, sorprendida, con sus ojos redondos. El niño se quedó parado, como si estuviera clavado en el sitio. Liputto se dio cuenta de que el niño podía verle. Rápidamente cogió su gorra y se la puso, y -rápido como un parpadeo- se hizo invisible.

El campesino de pantalones marrones y chaqueta azul miró a su alrededor. No vio a ningún gnomo y, sin embargo, ¡había estado tan cerca hace un segundo! ¡Qué extraño!

Esa noche, antes de acostarse, el niño le dijo a su madre: "¡Madre, hoy he visto un gnomo de verdad en la linde del bosque, tan de verdad como que me llamo Juan!".

La mujer del granjero sabía muy bien que los gnomos y los elfos existían, porque de niña había vislumbrado alguno de vez en cuando. "Sí", dijo su madre, "¡has tenido suerte! Hoy en día rara vez se dejan ver".



Liputto y la mariposa coja

Tl día siguiente, Liputto se adentró en la pradera. ¿Qué era eso que se agitaba en la hierba? Era una mariposa amarilla. De vez en cuando movía cansadamente las alas, pero no podía volar.

Liputto se acercó a él y le preguntó: "¿Qué pasa? Estás completamente cojo".

La mariposa susurró: "¡No puedo seguir! La lluvia lavó el polvo de color de mis alas, y así me caí en la hierba. Estoy tan

débil". Liputto dijo: "Espera, te ayudaré".

Fue a buscar un diente de león en flor, se puso un poco de polen amarillo en los dedos y lo aplicó a las alas de la mariposa. Luego dijo: "Ahora, bebe un poco de la miel de la flor. La miel te hace fuerte".

La mariposa sacó su pequeña lengua y la sumergió en la flor del diente de león. Sorbió y sorbió. Liputto la sostuvo en su mano. Las alas de la mariposa vibraron cada vez más rápido hasta que, de repente, se elevó en el aire y voló tres veces alrededor de Liputto. "¡Gracias! Gracias", dijo la mariposa. Luego se fue volando alegremente por encima de las flores del prado. Liputto se dijo: "¡No tenía ni idea de que hubiera tantas cosas que hacer en el mundo! Ahora vuelvo al bosque".

Un pajarito se cae del nido

In un árbol del bosque había un nido de pájaros. Los pajaritos estaban sentados dentro. Habían salido de los huevos unos días antes. Los tres mayores ya tenían algunas plumas, pero el más joven había nacido tarde y estaba completamente desnudo. No se veía ni una sola pluma en su piel. Cuando el padre o la madre traían comida, los cuatro polluelos estiraban el cuello y mantenían el pico bien abierto. Entonces sucedió. El mayor actuó de forma tan tonta a la hora de alimentarse que el más pequeño recibió un empujón y se cayó del nido. Afortunadamente, aterrizó en un musgo blando. Allí el pajarito desnudo se quedó tumbado y temblando. Los padres dejaron de alimentarlo de inmediato. Saltaron alrededor del pequeño en el suelo, espiando y llamando con miedo, pero no pudieron hacer nada para ayudar. ¡Había tanto ruido! En el nido de arriba los polluelos pían: "¡Tenemos hambre! Traednos algo de comer". Y abajo los padres chillaban: "¿Cómo vamos a subir al bebé? No somos fuertes ¡suficiente! ¡Cuando el gato salvaje venga, se lo comerá! Pío, pío, pío!"

Justo en ese momento llegó Liputto caminando por el bosque. ¿Qué era ese ruido, esos infelices gorjeos? Se quedó quieto y escuchó. Caminó hacia el sonido y luego corrió hacia la madre pájaro. "¿Qué pasa aquí? ¿Qué te pasa que chillas tanto?"

Apuntó con su pico al pajarito desnudo que yacía en el musgo y le contó a Liputto lo que había sucedido. "No podemos volver a subirlo, y los gnomos tampoco se suben a los árboles. ¡Nuestro pequeño está perdido cuando viene el gato salvaje! Pío, pío, pío!"

Liputto se acercó al nido con los ojos entrecerrados. No, nunca se había subido a un árbol. De repente, vio una ardilla marrón sentada en una rama cercana. Siempre que ocurre algo en el bosque, son las ardillas las primeras en

lo saben porque son muy curiosos. Liputto saludó a la ardilla y ésta se acercó. Le dijo: "Dime, cola tupida, ¿quieres ayudarme?".

"¿En qué debo ayudarte?", preguntó la ardilla.

"¿Ves el pajarito de ahí? Me gustaría subirlo al nido. Me agarraré a su cola y usted me subirá".

Cuando los padres lo oyeron, empezaron a gritar de felicidad.

La ardilla sugirió: "Cogeré al bebé entre mis dientes como una piña y lo subiré por ahí".

Los padres gritaron al mismo tiempo: "¡No, lo vas a morder, vas a morder a nuestro hijo! Pío, pío, pío!"

Liputto se agachó al suelo, cogió a la pobre cosita en la mano y le dijo a la ardilla: "Cola tupida, soy ligera como una pluma. Hazlo como te he dicho. Me agarraré a tu cola. Prepárate y súbeme, pero con cuidado, por favor".

La ardilla nunca había subido a un árbol con tanta lentitud y tranquilidad como lo hacía ahora con Liputto. Los padres del pájaro les acompañaron, volando de rama en rama olvidando sus miradas. Cuando llegaron al nido de arriba, Liputto colocó al pajarito con los demás polluelos.

El pájaro padre le dijo al mayor: "Si vuelves a saltar así a la hora de comer, te doy un picotazo". El mayor se avergonzó de sí mismo, y desde entonces tuvo más cuidado con su hermano pequeño.

La ardilla le preguntó a Liputto: "¿Te bajo de nuevo?".

"No", respondió. "Puedo bajar sola".

Antes de que los padres pudieran darle las gracias, la ardilla se alejó corriendo de rama en rama y de árbol en árbol. Le dieron las gracias a Liputto y le clavaron dos plumas en su gorro azul: una de la madre y otra del padre.



Miputto salva a un conejo de

Otra coneja tenía tres conejitos en su nido en la maleza del bosque. El zorro vino y se llevó a dos de ellos. Ahora sólo le quedaba uno.

Le dijo a su bebé: "¡Ven conmigo al mundo! Aquí no hay descanso del zorro. Salta siempre muy cerca de mí, para que no te pierda a ti también".

El conejo preguntó: "¿Está lejos el mundo?"

La madre conejo respondió: "No está lejos el gran claro del bosque. No hay árboles, así que el zorro no irá allí".

Saltaron y saltaron y saltaron y finalmente llegaron a la pradera. La hierba era alta. Muchas clases de flores brillaban en la hierba verde.

La madre conejo dijo: "Tendrás que esconderte en este lugar de hierba. Quédate completamente quieto y no te muevas de este lugar hasta que yo vuelva".

"Madre, ¿a dónde vas?"

"Hay un campo de zanahorias frente al bosque. Te traeré algo bueno".

La madre conejo presionó su pata sobre la cabeza del joven para que se acurrucara en lo más profundo. Le dijo: "Quédate así, agachado fuera de la vista, para que el zorro no te encuentre". La madre se alejó de un salto. Se giró una vez para mirar y se sintió satisfecha cuando no pudo ver a su cría escondida en la hierba alta estando perfectamente quieta.

Liputto vio a la coneja madre justo cuando salía del prado. Pensó: *Tal vez tenga un nido lleno de bebés en la hierba alta.* Siguió las huellas del conejo hasta el prado, porque tenía curiosidad y le encantaba mirar a los conejos. Y, efectivamente, descubrió al conejito tumbado en la hierba, tan quieto como una tabla marrón.

Habló en voz baja: "Bunny, ¿a dónde fue tu madre?"

El conejito no respondió y no se movió. Pero sus orejas temblaban un poco por el miedo. Liputto miró al animalito desde todos los ángulos y luego volvió al bosque.

Se sentó en una roca del camino del bosque y, de repente, oyó un ruido terrible. Un granjero se acercaba con su cortacésped. Qué ruido: rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat. A Liputto no le gustó ese ruido y se escondió rápidamente en la maleza del bosque. La máquina pasaba tintineando y apestaba horriblemente. Liputto tuvo de repente una idea: *El granjero va a cortar la hierba del prado. ¡Pobre conejito!*

Saltó tras la máquina con pasos largos. Estaba justo delante de él y ya había empezado a segar en el borde del prado: ¡rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat!

Liputto corrió hacia el conejito del prado y le llamó: "¡Conejito, ven conmigo, ven rápido! El gran devorador de hierba está en camino".

Pero el conejito se metió un poco más en el pelaje, puso las orejas completamente planas y cerró los ojos. Apoyó su cabecita en el suelo y no se movió. Rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat, zumbó la máquina al acercarse.

Liputto levantó una oreja del conejo y gritó: "Ven conmigo, te llevaré con tu madre. ¡Ven! La rata-a-tat-tat te cortará las orejas".

Ahora el conejito se recompuso y preguntó: "¿Todavía tengo mis orejas? Sí, pero... Si me llevas con mi madre, ¡voy a acompañarte!".

Liputto tomó una oreja de conejo en la mano para guiar mejor al pequeño conejo. En ese mismo momento, la máquina segadora, con sus afilados dientes, pasó junto a ellos. El conejito se asustó tanto que dio un salto salvaje, y Liputto perdió el agarre de la oreja. El conejo corrió directamente a través del prado hacia el bosque, y Liputto lo persiguió. Le costó bastante seguirlo, pero llegó justo a tiempo para verlo desaparecer bajo un arbusto de helechos. El corazón del conejito latía con fuerza. Liputto se acercó a él y lo acarició hasta que su pelaje erizado volvió a ser suave.

Mientras tanto, la coneja madre había comido bastantes zanahorias del campo del granjero. Cogió una pequeña entre sus dientes para llevársela a su cría en el prado del bosque. Cuando llegó allí, la zanahoria se le cayó de la boca del asombro. Todo el prado había sido segado, y el segador ya había regresado a la granja. La coneja madre saltó de un lado a otro sobre la hierba segada, buscando a su cría. Llamó y persuadió, pero ningún conejito respondió. Entonces empezó a correr por toda la hierba, olfateando aquí y allá, pero no había ni rastro del conejito. Sin saber qué más hacer, la coneja madre se sentó en la hierba. Estiró las patas y sus ojos se abrieron de par en par. Así se quedó, triste y derrotada.

Todo este tiempo, de vuelta en el arbusto de helechos, Liputto se preguntaba: *¿Dónde puedo encontrar a la madre conejo?* Cuando el conejito volvió a estar completamente tranquilo, le dijo: "¡Quédate aquí y no te muevas! Voy a buscar a tu madre y a traerla aquí".

Liputto acababa de salir del arbusto cuando se encontró con la ardilla. Le preguntó: "¿Has visto una madre conejo?".

"Sí, estaba saltando hacia el prado hace un minuto".

Liputto sabía qué hacer. La encontró en el prado, extendida sobre la hierba como si estuviera muerta.

"Madre conejo", dijo, "tu pequeño está vivo. Lo rescaté del horrible cortacésped. Está en el bosque escondido bajo un arbusto de helechos".

La coneja madre se levantó lentamente sobre sus patas. Levantó la cabeza y levantó las orejas. "Buen gnomo", dijo, "Cuéntame una vez más".

Liputto repitió sus palabras. Continuó: "¡Vamos, te llevaré hasta él!"

Llevó al conejo madre al arbusto de helechos oculto. Olió a su pequeño y se deslizó rápidamente hacia él. Todo estaba tranquilo. Al cabo de un rato, Liputto se asomó bajo el helecho. Allí yacía la coneja madre, y el conejito estaba bebiendo leche de ella, mientras le lavaba el pelaje con la lengua.

Cuando se fijó en Liputto, dijo: "¡Bien, querido gnomo, has salvado mi último conejito! ¿Cómo te lo agradezco? ¿Quieres beber un poco de mi leche?"

Liputto sonrió y negó con la cabeza. "No, buena madre conejo, yo pertenezco a la gente pequeña del bosque, y no necesitamos comida terrenal".

Entonces la madre conejo le contó su desgracia con el zorro. Liputto dijo: "No muy lejos de aquí hay un bosque de turba. Hay mucha agua en el suelo, y a los zorros no les gusta eso. Allí no hay ni un solo zorro".

Liputto condujo a la coneja madre y a su cría al bosque de turba. Pasaron por la pradera. De repente, el conejo se paró y olió el aire. Dio varios saltos. ¿Qué había encontrado? La zanahoria perdida. La puso delante de la nariz del conejo. Así que se tomaron un descanso de zanahoria.

Hacia el atardecer llegaron los tres al bosque de turba, y Liputto se despidió. Vio cómo la madre y el conejito desaparecían en un hueco bajo unas grandes raíces. A partir de entonces, el conejito vivió sin miedo, y se convirtió en un conejo grande y rápido.

Hermano pequeño y hermana en la cima del acantilado

Una vez hubo una familia con madre y padre, hermanito y hermanita, gemelos, y vivían felices juntos. Cuando jugaban, el hermano solía ser el caballo, y la hermana la princesa y se montaba en él. En otra ocasión, la hermana sería el burro, el hermano el granjero, y él montaría sobre ella.

Un día los hermanos estaban sentados a la mesa comiendo, cuando el padre le dijo a la madre: "La primavera ha empujado la nieve hacia la cima de la montaña. En el bosque de la montaña crecen ya las primeras florecillas silvestres azules, y alrededor de los acantilados florecen las primulas".

Mamá respondió: "Oh, me encantan las flores silvestres azules. Tienen unos ojos tan bonitos en forma de estrella, y las primulas huelen de maravilla. Me dan ganas de ser una mariposa y volar hasta allí".

Esa noche, mientras los gemelos estaban acostados en la cama en la habitación oscura, el niño dijo: "Hermana, nuestra madre cumple años pasado mañana. Queremos hacer algo bonito para ella. Ya sé qué".

La hermana preguntó: "¿Qué sabes?"

El hermano respondió: "Mañana por la tarde iremos juntos al bosque y recogeremos un ramo de flores silvestres azules para mamá. Tienen unos ojos tan bonitos en forma de estrella".

La hermana dijo: "¡Pero tenemos que ir a la guardería mañana por la tarde!"

El hermano replicó: "¡No importa! Nuestra profesora es tan amable que entenderá que necesitamos la tarde para el cumpleaños de mamá. Pero, por favor, no digas nada. Será nuestro secreto".

La hermana pensó que era genial tener un secreto.

A la tarde siguiente, los dos niños salieron hacia el bosque. La hermana dijo: "¡Mira, hay niebla que baja de ahí arriba!".

El hermano respondió: "Está bien. Todavía podremos encontrar las flores". Cuando llegaron al bosque de la montaña, descansaron junto a una gran roca.

No se dieron cuenta de que Liputto, el gnomo, estaba sentado en lo alto del peñasco, porque llevaba su gorro que lo hacía invisible. La hermana tenía un poco de miedo. El sol no brillaba y los pinos parecían oscuros y misteriosos. Empezó a cantar una canción que había aprendido en el jardín de infancia. Cantó sobre la primavera y todos los pájaros que ya habían vuelto. El hermano cantó con ella. Liputto lo encontró glorioso. Sin darse cuenta, se deslizó junto a ellos.

De repente, el Hermano gritó: "¡Veo el azul allí, junto al gran pino!"

Se acercó al árbol y empezó a recoger las pequeñas flores silvestres. También había suficientes para su hermana. En poco tiempo, ambos llevaban un ramo azul en sus manos. Cuando llegaron de nuevo al suelo pedregoso, ya no había más flores.

La hermana dijo: "No quiero subir más al bosque. Vamos de vuelta!"

El hermano dijo: "No hay tantos árboles más adelante. Ahí es donde los acantilados comienzan, y las primulas amarillas podrían estar creciendo allí. Mamá dice que huelen tan bien".

La hermana permaneció en silencio y trató de seguir el ritmo de su hermano. De repente, el viento hizo descender una mancha de niebla y se hundió en el bosque. La hermana dijo: "Toma mi mano. Se está enfriando".

La niebla se hacía tan espesa que perdieron de vista el camino. Esta vez la hermana suplicó: "¡Deberíamos volver! Me estoy asustando".

"No", dijo el Hermano, "la niebla se despejará pronto. Nuestro ramo azul necesita algunas de las primulas amarillas, ¡y huelen tan bien!"

Liputto había seguido a los niños y había escuchado todo lo que decían. Vio que se dirigían directamente a la punta de un acantilado que dominaba el valle. *Podrían tener un accidente*, pensó Liputto. *Voy a tener que quitarme la gorra*. Pasó corriendo junto a los niños, se detuvo justo delante de ellos y se quitó la gorra azul. Mientras lo hacía, levantó un dedo meñique que significaba: *¡Cuidado! Tened cuidado*.

Como la hermana siempre miraba al suelo y el hermano siempre miraba al frente, vio primero a Liputto. Se quedó quieto y señaló con el dedo. "¡Mira, hermana!", susurró.

Levantó la cabeza, sus ojos se abrieron de par en par, su boca se abrió y miró al hombrecito de pie en la niebla. La sonrisa de Liputto era tan amistosa que los niños no tuvieron miedo. Ahora el gnomo agitó el dedo índice de un lado a otro como si dijera *¡No más!* Se acercó al niño y le tendió la mano.

El chico pensó que Liputto le pedía las flores y le ofreció el ramo. Liputto volvió a mover el dedo: *No!* y señaló la otra mano del niño. Cuando el niño le dio la mano, Liputto la cogió y le llevó de vuelta a un lugar seguro, mientras la niña se agarraba con fuerza a la chaqueta de su hermano. Así, el pequeño gnomo volvió a bajar la montaña con los dos niños.

A veces la niebla era tan espesa que sólo podían avanzar muy lentamente, paso a paso. Si los niños hubieran estado solos, seguramente habrían perdido el rumbo y se habrían caído por el precipicio. Cuando la niebla se disipó, vieron que estaban de nuevo en el camino. Liputto seguía con su gorra azul en la mano todo el tiempo.

Cuando llegaron al borde del bosque inferior, Liputto soltó la mano del muchacho. Se subió ágilmente a la gran roca que había al final del camino. Durante todo el tiempo no había dicho ni una palabra. Pero ahora, señaló su boca y luego señaló a la niña. Con una mano, llevaba alegremente el tiempo en el aire.

El Hermano Pequeño comprendió lo que quería decir y le dijo a su hermana: "¡Quiere oír cantar!".

Cuando los niños empezaron a cantar "Todos los pájaros ya están aquí...", Liputto bailó sobre la roca y agitó los brazos como si fueran pequeñas alas.

De repente, oyeron un grito lejano. La canción se detuvo. ¿Era la voz de mamá lo que oían? El pequeño gnomo volvió a ponerse la gorra y... ¡se fue!

Durante todo este tiempo, algo sucedía en el pueblo. Cuando los dos niños no se presentaron en la guardería como de costumbre, la maestra envió un mensaje a casa para preguntar si estaban enfermos y se habían quedado en casa.

Cuando su madre se dio cuenta de que los niños no habían aparecido en la guardería, se puso en camino. Se encontró con la mujer de un granjero que venía del campo.

Le dijo a mamá: "¡He visto a tus hijos vagando hacia el bosque completamente solos!"

Como papá no estaba en casa, mamá se apresuró a ir al bosque llena de ansiedad. Sí, era su llamada la que habían oído los niños. Respondieron, saltaron de alegría y corrieron colina abajo. Pero qué sorpresa se llevaron al ver la preocupación y las lágrimas en el rostro de su madre. Ella tomó a los niños en sus brazos y dijo sólo dos palabras: "¡Gracias a Dios!".

Los tres bajaron juntos a la aldea, de la mano. Sólo entonces la madre se dio cuenta de que cada niño llevaba un ramo de flores silvestres azules.

El Hermano Pequeño lo regaló. "Mamá", dijo, "te los regalarán mañana por tu cumpleaños. Mira, sus ojos son como pequeñas estrellas. No llegamos hasta las primulas. Llegó la niebla".

Por la noche, mamá arropó a sus hijos en la cama. Rezaron la oración de sus hijos:

"Oh, ángel, ángel guardián mío,
que sirves al Señor tan fielmente,
protégeme por favor hasta el
momento
El aliento de vida se ha ido de mí".

Entonces la madre dijo: "Niños, hoy vuestro ángel de la guarda ha estado realmente pendiente de vosotros. Debemos agradecerle especialmente".

El Hermano miró a la Hermana, la Hermana miró al Hermano y dijo: "Madre, un pequeño gnomo nos ha sacado hoy de la niebla".

El Hermano Pequeño añadió: "Cuando me dio la mano, sentí como si estuviera agarrando una toalla hecha jirones, y sus manos estaban frías".

La madre pensó: *¿Qué están imaginando aquí?*

La hermanita terminó diciendo: "Y luego tuvimos que cantarle una canción, y él bailó encima de la roca".

Mamá se rió y dijo: "¡Duerme bien, ya has empezado a soñar!".

Así que el hermano y la hermana tenían su bonito secreto, porque veían que no se podía contar la historia a los adultos. Y en el verano, en el bosque, los dos niños a menudo mantenían los ojos abiertos para el hombrecito, pero Liputto ya se había ido.

Liputto y la Copa de Plata

Después de que Liputto devolviera los dos niños a su madre, subió a las montañas. En lo alto había una cascada que se precipitaba. Se tumbó cerca de ella sobre el suave musgo. Miró la el agua que cae. En el fondo, pequeñas nubes de fino rocío giraban en el aire. Observó el juego de las gotas de agua durante un rato y vislumbró a los delicados duendes del agua. Subían y bajaban flotando, girando en círculos centelleantes.

El crepúsculo se asentaba. La luna salió. Liputto se quedó junto a la cascada y observó las filas de duendes del agua. De repente, una forma brillante salió de las rocas. ¿Era un hada?

Llevaba una pequeña taza de plata en la mano. Se acercó a él y le dijo: "Querido Liputto, los elfos del bosque me han contado cómo ayudaste a las plantas y a los animales, sobre el pajarito que se había caído del nido y sobre el conejito perdido en la hierba del prado. Incluso salvaste a los niños humanos de caer por un precipicio. Te doy este vasito como recompensa. Contiene muchas gotas de líquido en su interior que se han hecho con la luz del sol, la luna y las estrellas. Con esta taza puedes hacer mucho bien en el mundo. Ten mucho cuidado con ella. Nunca la entregues en manos de extraños. Si lo haces, un trol desagradable podría hacer el mal con ella.

"¡Presta atención! Con esta copa te convertirás en un hombre de arena para los niños. No se te cerrará ninguna puerta. Cuando los niños estén durmiendo o soñando, acércate a ellos. Si les pones una gotita de plata en la mano, a la mañana siguiente tendrán manos ágiles y dispuestas a trabajar. Si les pones una gota en el corazón, al día siguiente querrán crear cosas buenas y bellas. Y si les pones una gota en la cabeza, tendrán buenos pensamientos".



Liputto preguntó: "¿Qué pasa cuando la copa está vacía?".

El hada respondió: "Entonces, cuando la luna brille, vuelves aquí y me llamas. Puedes contarme lo que has hecho con las gotas, y yo volveré a llenar la copa".

Cuando terminó de hablar, el hada le entregó la copa de plata a Liputto. Liputto tomó la copa en la mano y sintió que estaba muy caliente. El hada se despidió con una mano brillante y se fue. Liputto contempló la copa mágica durante mucho tiempo y pensó: *¡Ahora sí que tengo que ir con los humanos!*

Liputto va a los niños de

Furante dos días Liputto caminó por las solitarias regiones montañosas. Al atardecer del segundo día, llegó a un valle verde. Al oscurecer, miró hacia abajo y vio luces que titilaban en la distancia. *Ah-ha, pensó, esas son las casas de la gente. Los niños se estarán preparando para ir a la cama. Podría regalar unas gotas de la copa de plata esta noche.* Dicho y hecho.

La primera casa a la que llegó fue una granja. Los tres niños ya estaban dormidos en sus camas: dos niños y una niña. Liputto pasó desapercibido en la sala de estar. El padre y la madre estaban hablando.

Mamá dijo: "Hoy no he estado muy contenta con Nathaniel y Oliver. Mientras estabas fuera, se han peleado la mitad del día y casi no han hecho ninguna de sus tareas. Antes de que terminara, Nathaniel golpeó a Oliver en la cabeza con una horquilla que estaba agitando. Oliver estaba sangrando. Tuve que vendarle la cabeza. No es nada grave, pero podría haberse sacado fácilmente un ojo".

Papá arrugó la frente y dijo: "¡Tengo ganas de sacar a Nathaniel de la cama ahora mismo y darle una buena charla! Qué tontería!"

La madre sacudió la cabeza y respondió: "No, padre, déjalo dormir ahora. A veces una buena noche de sueño pone todo en orden. Al menos fueron una ayuda decente con el ordeño".

Liputto había escuchado suficiente. Los niños estaban durmiendo en una pequeña habitación del piso superior. Subió en silencio al dormitorio. Nathaniel dormía con la boca abierta. Sus manos estaban cerradas en un puño sobre la cama.

manta. *Sí*, pensó Liputto, *aún está molesto por lo ocurrido*. Liputto sumergió su dedo en el vaso de plata y puso una pequeña gota en el puño de Nathaniel. Liputto pudo ver cómo ambas manos se relajaban poco a poco y se abrían. La boca de Nathaniel se cerró y gimió suavemente. Liputto se rió y pensó *Está un poco avergonzado de sí mismo mientras duerme*.

El Liputto se acercó a Oliver. Tenía la frente vendada. Liputto mojó su dedo en la taza y roció una gota en medio de su frente. El durmiente sacudió la cabeza dos o tres veces y luego sus labios formaron una sonrisa. Liputto pensó: *¡Ahora está teniendo un bonito sueño!*

Fue a la cama de Zoë. La luna brillaba un poco en su cara. Liputto pensó: *Parece un ángel dormido. Está en buenas manos y no necesita ninguna de mis gotas de plata*. Mientras la observaba, vio su boquita roja y entonces no pudo resistirse. Sumergió su dedo en la taza y dejó que la gota de luz cayera sobre los labios de la pequeña Zoë. Luego tarareó suavemente: "¡Li, li lu looo!".

pensó Liputto: *Mañana veré qué efectos tienen las gotas en Nathaniel, Oliver y Zoë*.

Liputto había visto una gran planta en maceta en la planta baja del salón. Bajó y se acurrucó bajo las hojas. Los gnomos pueden descansar tranquilamente y dormir, pero no duermen profundamente como los seres humanos.

A primera hora de la mañana, Nathaniel se despertó al oír a su padre salir al granero. Papá siempre era el primero en levantarse. Nathaniel se levantó de la cama y se puso los pantalones, la chaqueta y los zapatos. Afuera, frente a la casa, se sumergió bajo la fuente del manantial y se lavó las manos. Apareció junto a su padre y dijo: "¡Hoy me he levantado temprano! Voy a dar de comer a las vacas, y luego puedes ordeñar enseguida".

"Bien", respondió el padre. Pensó: *Nathaniel quiere compensar su mal comportamiento de ayer*.

Nada más darles heno a las vacas, Nathaniel cogió un cubo y

llevó agua a todos los animales. Sin que nadie se lo pidiera, empezó a limpiar los establos, y papá sólo pudo mirar con incredulidad.

Liputto estaba encantado de ver lo que pasaba todo el tiempo sin ser visto. Se había colocado entre los cuernos de una vaca. Era un buen asiento. Se alegró del entusiasmo de Nathaniel. Pero ahora quería ver qué hacía Oliver.

Cuando Nathaniel bajó las escaleras, el ruido de la madera que crujía había despertado a Oliver. Se vistió rápidamente y bajó a la cocina. Liputto oyó cómo declaraba a su madre. "¡Hoy voy a hacer el desayuno! Déjame freír las patatas".

La madre preguntó: "¿Cómo está tu cabeza?"

Oliver respondió: "Ya no me duele. Quiero que me quiten la venda". La

madre respondió: "Después del desayuno, antes de que vayas al colegio".

Mientras

Oliver trabajaba en la cocina, ella comenzó a preparar la ropa del día.

Todos oyeron cantos de júbilo procedentes de la pequeña habitación de arriba. No tardó en bajar Zoë, cantando, con su muñeca en brazos y todavía en camisón.

Se acercó a mamá y le preguntó: "Mamá, ¿les gusta a los animales cuando cantamos?"

"Por supuesto", contestó mamá, "dicen que cuando se les canta a las vacas, dan más leche".

En un instante, Zoë se había puesto las botas y había salido al granero, con su muñeca y su camisón. La madre pensó: *Qué día tan cantarín está teniendo esa niña. Debe de estar cantando sus propias canciones inventadas, porque nunca las había oído antes.*

El padre disfrutaba escuchando cantar a su hija pequeña mientras ordeñaba las vacas. Mientras las colas de las vacas iban de un lado a otro, Zoë gritó: "¡Mira, padre, están moviendo sus colas al ritmo de mi música!". Desde el granero se dirigió al gallinero y cantó a la población emplumada. El gallo cantó de repente justo en medio de una canción. Zoë pensó: *¡Por fin alguien canta con nosotros!* La madre llamó a Zoë para que desayunara.

Cuando toda la familia se sentó a la mesa, Liputto encontró un lugar en el armario de la cocina.

Papá dijo: "Nathaniel nunca me ha ayudado tanto en el establo como hoy. Va a tener brazos y piernas fuertes".

La madre añadió: "¡Y Oliver tuvo la maravillosa idea de hacer el desayuno para todos ya que es el día de la colada!".

La pequeña Zoë dijo: "Y las canciones me llegaron una tras otra. Seguro que las vacas han dado hoy un litro más de leche y las gallinas ponen más huevos. Cantar es tan importante como cocinar y limpiar los establos".

Todos se rieron y mamá añadió: "Sí, Zoë, canta todo lo que quieras. No sólo es bueno para los animales, sino también para nosotros. Cantar hace que el corazón sea más ligero".

Oliver comentó: "Cuando estamos cantando en la escuela y alguien se porta mal, en lugar de cantar, el profesor se enfada. Entonces deja de cantar y tenemos que escribir algo en su lugar".

Se preguntaba Liputto: *¿Qué es eso de... escribir... en vez de cantar? ¿Y qué es la escuela? Me gustaría echar un vistazo a eso.* Siguió la conversación con atención.

De repente, mamá exclamó: "¡Ya es tarde! Chicos, ¡prepárense para la escuela! Rápido!"

pensó Liputto: *Voy a seguir detrás y ver lo que es.*

Liputto va a la escuela

Liputto se asombró de la cantidad de niños que caminaban hacia la gran casa del valle. Mientras estaba de pie junto a la entrada principal,

Nathaniel y Oliver desaparecieron por la puerta. Casi todos los niños rasparon sus zapatos delante de la puerta; algunos entraron sin raspar. Liputto pensó: *Ese debe ser el saludo de la escuela.* Así que también raspó sus pies.

De repente, sonó un timbre estridente. Una niña fue la última en entrar. Liputto atravesó la puerta con ella. En un largo pasillo, la niña se quitó los zapatos y se puso las zapatillas. Colgó su chaqueta en un gancho.

Un hombre estaba en la puerta del aula y estrechó la mano de la chica. Dijo en tono amistoso: "¡Buenos días, Francine! ¿Un poco tarde hoy?"

A Liputto también le hubiera gustado estrechar la mano del amable hombre, pero era invisible para él. Se deslizó entre las piernas del hombre y entró en el aula.

Liputto nunca había visto tantos niños humanos juntos en un mismo lugar. El aire crepitaba. Ahora todos se levantaron, cruzaron las manos y la habitación se quedó maravillosamente quieta. De repente, todos hablaban juntos en voz alta. ¡Estaban diciendo el verso de la mañana! Sonaba muy bien en sus oídos. La maestra empezó a dirigir a los niños en una canción sobre el sol. También sonaba maravillosamente. Los niños volvieron a sentarse y en poco tiempo se hizo un silencio tal que se podía oír a un ratón correteando.

Y entonces el hombre preguntó: "¿Quién puede contarnos hoy un

sueño muy bonito?". pensó Liputto: *Debe ser el maestro de los niños.*

Y como no podía ser de otra manera, Oliver levantó la mano.

"Anoche soñé algo curioso. Justo cuando me iba a dormir, un hombrecillo con una taza de plata se acercaba a mí. Sumergió su dedo dentro y roció una gota en mi frente. La gota se convirtió en un pequeño barco. En lugar de remos, tenía alas a los lados. Podía moverlas como si fueran remos. La barca se elevó, conmigo dentro, por encima de las nubes y hasta las estrellas. Pude recoger polvo de estrellas de todas ellas y ponerlo en la barca. El barco se hizo cada vez más pesado con el polvo de estrellas, y muy pronto se hundió de nuevo en la tierra. Aterricé en la panadería del señor Schlumpf. Me dijo: "¡Qué harina tan maravillosa tienes! Te haré una barra de pan con ella. Ayúdame a amasar". Echó un poco de agua en el bote y amasamos y amasamos la harina hasta que se convirtió en masa. La masa era un bulto tan grande que el señor Schlumpf se quejó: '¡Mi horno es demasiado pequeño! Entonces me desperté riendo".

Todos los niños se rieron también. La profesora dijo: "Es una historia muy divertida. Vamos a escribir todos el sueño de Oliver. Cuando hayáis terminado, podéis ir a buscar un papel y hacer un dibujo que lo acompañe".

Liputto no podía creer lo que veían sus ojos cuando vio que, de repente, todo estaba muy quieto, y todos los niños estaban rascando en las hojas de algo. Se acercó. ¿Para qué eran esos símbolos mágicos y retorcidos? De repente, tuvo una sensación inquietante. Saltó por la ventana abierta hacia los tejados, se deslizó por el tubo de desagüe y aterrizó en el patio de la escuela. La escuela no era para Liputto, no, señor. Prefería volver a las flores, los árboles y los animales.



Más información Roaming

Liputto quiso volver a la granja una vez más para ver a la pequeña Zoë, porque le encantaban los niños pequeños. Pensó: *Podría quitarme la gorra para que ella me viera y pudiéramos jugar.*

Desde muy lejos podía oír a la niña cantando. Estaba sentada bajo un manzano y mecía a su muñeca para que se durmiera. Liputto se quitó la gorra de la cabeza y se acercó a ella. El canto cesó y Zoë miró a Liputto con los ojos muy abiertos. Su mirada se posó en la taza de plata.

"¿Me has traído algo de beber, hombrecito?", preguntó sin ningún atisbo de timidez.

Liputto respondió: "No es una taza para beber. Es una taza para caminar". "¿Pero no tiene pies para caminar!"

"Yo soy sus pies", dijo Liputto.

Zoë preguntó: "¿Puedes cantarme una canción?"

Liputto nunca había cantado una canción. Sacudió la cabeza, avergonzado. "Entonces te cantaré yo", dijo la niña, y comenzó:

"Mosca de la mariposa, li-la-la
Zumbido de abejita, bzz-bzz-
bzz Vuelo de gorrión, zzoo, zzoo,
zzoo
El gallo canta, ¡cocina!"

A Liputto le pareció maravillosa la forma en que la música salía de la boca de la niña. Se puso lentamente la gorra y

desapareció. Zoë dejó de cantar y miró a su alrededor: "¿Dónde estás, pequeño y lindo hombre? Se ha ido con la copa ambulante". Enseguida empezó a cantar de nuevo:

"Pequeño hombre, solo
En el gran y amplio mundo que
recorres, Taza de plata, taza de
plata
Te hace brillar todo".

Cantó la canción una y otra vez. Y Liputto la escuchaba. Por primera vez en su vida de gnomo deseó ser un niño humano y jugar y cantar con la pequeña Zoë. ¿Debía tirar su gorro y tratar de convertirse en humano?

En ese momento, una tierna voz salió de su copa: "¡Liputto, ven a la cascada del desfiladero! Un niño humano está en peligro".

Zoë no vio que Liputto se despidió con la mano, mientras subía a toda prisa por el valle, de vuelta en dirección a la cascada.

Al acercarse a la cascada, se detuvo de repente. Allí estaba el niño, tendido en la ladera de una montaña. Era el pastor de cabras. Yacía allí, muy, muy quieto. Debía de haber dado un paso en falso en el afloramiento rocoso de arriba y se había caído. De una herida en la cabeza manaba algo de sangre, pero respiraba. Las cabras pastaban tranquilamente a su lado. Liputto se sentó a su lado, y de vez en cuando dejaba caer una gota de la copa sobre la herida. La sangre comenzó a coagularse. Liputto pensó: *Voy a dejar que me vea. Quiero hablar con él.* Se quitó la gorra. Pasó mucho tiempo antes de que el chico recuperara la conciencia. Miró la cara de Liputto con ojos grandes y apretó los labios, con dolor.

"¿Te duele?", preguntó el gnomo.

"Un poco. ¿Quién eres tú?", susurró el chico.

Liputto se quedó muy quieto por un momento. Ningún gnomo había dicho nunca su nombre a un niño humano. Dudando, finalmente se decidió a responder: "Liputto es mi nombre".

El chico repitió con voz suave: "¿Liputto? Bonito".

Liputto oyó por primera vez su nombre pronunciado por una voz humana. Fue alarmante, pero de alguna manera le gustó el sonido. De repente, supo que debía ayudar a este chico, permanecer a su lado hasta que pudiera salir por su propio pie. Comenzó a formar suaves círculos con su mano en el aire por encima de la cabeza del chico. Mientras lo hacía, susurró: "Descansa, duérmete". Cantó las palabras hasta que el niño volvió a estar profundamente dormido.

En su larga vida como gnomo, Liputto se había hecho amigo de un gnomo curandero y había aprendido mucho de él. Sabía, por ejemplo, que los humanos pueden ser ayudados más fácilmente cuando están dormidos que cuando están despiertos. Liputto podía ver dentro de la cabeza del niño dormido y observar cómo el accidente había provocado allí tal inquietud y revoloteo que le recordaba a un hormiguero. Pero cuanto más tiempo hacía los suaves círculos en el aire y ponía de vez en cuando una gota del vaso de plata sobre la herida, más tranquila se volvía la respiración del muchacho. Al cabo de un rato, el revoloteo dio paso a un brillo constante. Liputto lo sabía: *¡El chico lo ha conseguido! ¡No tendrá ninguna lesión permanente por la caída! Pero tengo que volver pronto a la cascada y buscar al hada de plata. Mi tacita está casi vacía.*

El pastor de cabras tenía un agujero en un zapato y su dedo gordo sobresalía. Cuando Liputto lo vio, no pudo resistirse a divertirse un poco. Así que sacó la última gota de la copa de plata y se la puso en el dedo gordo. Pensó: *Con eso tendrá buenas piernas para caminar y trepar. Y podrá usarlas bien entre los peñascos y acantilados con sus cabras.*

El chico siguió durmiendo. Liputto vigilaba a su lado. Se había vuelto a poner la gorra, porque Liputto sabía que si el chico lo llamaba tres veces por su nombre, entonces tendría que ir con él.

Se acercaba el atardecer. Una gran cabra se acercó al niño. Tenía las ubres llenas y quería llegar a casa para ser ordeñada. Olió alrededor de su cabeza, masticó su pelo y soltó un "mah-ah, mah-ah". El niño se despertó.

"Vale, vale, Mootly, ¡ya voy!" Luego se frotó la frente y miró a su alrededor. "Libudo, ¿dónde estás?"

Eso es bueno, pensó el gnomo. Ya tiene medio olvidado mi nombre. Yo soy ¡gratis!

El pastor de cabras se levantó y se apoyó en la montaña lado. Dio unos pasos. Sí, estaba bien. Sus piernas podían llevarle de nuevo. Miró a su alrededor una vez más. "Lástima que Libudo no esté aquí. Era tan agradable... ¿o lo he soñado?"

La cabra le dio un codazo en la mano con la cabeza. El niño se metió dos dedos en la boca y soltó un fuerte silbido. Las cabras salieron de todas las rocas para que sus campanillas repicaran con fuerza. Antes de bajar de la montaña, el niño recogió unas cuantas piedras y las puso una encima de otra hasta construir una pequeña torre. Entonces se dijo: "Quiero volver aquí. Aquí es donde vi mi primer gnomo".

Un rato después, Liputto miró la ladera de la montaña desde donde estaba subiendo. Vio al muchacho con las cabras dirigiéndose hacia el valle, de vuelta al camino que los llevaría a la casa de campo y al ordeño. El pastor de cabras aún cojeaba un poco, pero eso era todo.

De vuelta a la cascada

W ientras Liputto subía a la cascada, notó que algo brillaba a través de una grieta entre las rocas. Miró dentro y vio que era la entrada a un cristal cueva. Se deslizó dentro. Qué fantástico resplandor y qué delicado repiqueteo desde todos los lados: desde arriba, desde abajo y desde todas partes.

Liputto sabía: *Si me quedo aquí, me olvidaré del mundo, del hada y de mi copa de plata durante mucho, mucho tiempo.* Los cristales pueden hacer magia en los gnomos y mantenerlos firmes en su hechizo. Así que hizo el esfuerzo de volver a salir por la grieta de las rocas. Pero recordaría dónde estaba, porque algún día volvería.

Era el atardecer cuando Liputto llegó a la cascada, y los duendes del agua flotaban con los últimos rayos de luz entre las gotas que se arremolinaban. Justo cuando el sol se puso, el hada de plata apareció de entre las rocas y saludó a Liputto.

Ella dijo: "Tu vasito está vacío. Cuéntame qué has hecho con las gotas. Pero antes, dime cómo está el pastor de cabras, de cuya caída me informó un elfo de las flores".

Liputto contó cómo el niño había permanecido allí miserablemente, cómo el interior de su cabeza se agitaba, y cómo las gotas de plata habían ayudado, y finalmente cómo los suaves círculos habían traído el descanso hasta que la luz firme y brillante regresó. El hada elogió al gnomo, y luego Liputto continuó hablándole de los hijos del granjero y de la escuela, y especialmente de la pequeña Zoë. Cuando el hada escuchó cómo Zoë había cantado a las vacas y a las gallinas, se rió con una sonrisa plateada.

"¡Dame tu tacita! La llenaré de nuevo. Sólo asegúrate de que un troll horrible no se apodere de ella. Puede aumentar el poder del bien y del mal por igual. ¡Espera aquí hasta que regrese!"

El hada se adentró en la roca con la copa, y luego apareció en la cascada para que los elfos la ayudaran a hacer la magia que rellenaría la copa con gotas de plata.

Liputto encontró un lugar de descanso junto a una gran roca, y sus ojos contemplaron el cielo estrellado. No se dio cuenta de que todo el tiempo dos desagradables trolls habían estado merodeando por la zona. Era el Gnomo de la Red y había encontrado un amigo, el Gnomo del Gancho. El Troll de la Red se había hecho una red más fuerte. El Gnomo del Gancho llevaba un afilado gancho en la mano que utilizaba para golpear cosas. El Troll de la Red escuchó lo que el hada le dijo a Liputto. Miró la lejana copa de plata con ojos envidiosos. En voz baja, rascando, le habló al Troll Gancho: "Me pregunto qué habrá en la taza".

El Gnomo Garfio susurró: "¡Esperaremos y luego lo robaremos!"

Volvieron arrastrándose a su escondite bajo una gran roca, no muy lejos de Liputto, para ver qué pasaba. Tuvieron que esperar mucho tiempo hasta que los elfos de la luna y la noche destilaron las gotas de plata para la copa.

Ya era casi de día. La luna y las estrellas palidecían, cuando el hada emergió por fin de la pared del acantilado. Se deslizó hasta Liputto en un delicado velo de niebla, le dio la copa, le acarició las manos y le deseó un buen viaje. Liputto se inclinó profundamente y le dio las gracias. Esperó hasta que ella desapareció de nuevo entre las rocas.

Cuando miró la taza, le brillaron tanto los ojos que enseguida tuvo un buen pensamiento: *Hoy haré un recorrido por las plantas y rociaré algunas gotas aquí y allá en los prados y bosques.* Entonces todo debería crecer bien: la hierba para las vacas, las hierbas curativas para las personas y los animales, las bayas para los pájaros, las nueces y los frutos en los árboles y arbustos. Liputto descubrió que podía sacar gotas muy pequeñas de la taza con una brizna de hierba. Las roció con las hierbas de la montaña:

árnica, manto de plata, tomillo y muchas otras.

Siempre ocultos, y a una pequeña distancia, los dos trolls se escabulleron detrás de Liputto. El trol de la red gruñó: "¡Estúpido, que la señora del acantilado le haya tocado las manos! No podemos acercarnos a él mientras tenga la copa en las manos. En cuanto me acerco a él, me pican los ojos".

El Gnomo Garfio se quejó: "¡Y me mareo! Justo antes, cuando quise acercarme a él, ¡me caí de bruces!"

"Espera", graznó el Troll de la Red. "Tendrá que dejar la copa en algún momento. Cuando lo haga, lo cogeremos".

De regreso al valle, Liputto pasó por el lugar donde había descubierto la fascinante cueva de cristal. Pensó: *Entraré sólo una vez más para asegurarme de que recordaré dónde está. Durante las noches más largas del invierno, me gustaría descansar allí y empaparme de la nueva energía de la radiante Tierra.* Así que Liputto se adentró en la cueva.

El Troll de la Red gruñó: "Tonto, ahora tenemos que subir tras él. ¿Qué clase de desvío es éste?"

Liputto dejó la copa con cuidado en una piedra frente a la entrada de la cueva y se deslizó hacia el interior. Los dos trolls que le seguían lo vieron y empezaron a animar: "¡El tipo dejó la copa y desapareció! Podemos cogerla!" Unos cuantos saltos en zigzag, y estaban junto a la copa. El trol de la red la cogió, y se apresuraron a adentrarse en el bosque más profundo con su botín.

Mientras tanto, Liputto estuvo admirando durante mucho tiempo el brillo de los cristales del interior de la cueva. El suelo era de piedra lisa y en lo alto se arqueaba el cielo de cristal. Liputto se tumbó, miró a su alrededor y se quedó asombrado por el despliegue de brillos. No se dio cuenta del tiempo que pasaba. Cuando por fin se levantó y volvió a colarse por la entrada de la grieta, vio por el sol que se acercaba el atardecer. Liputto miró la piedra donde había puesto la copa. Pero, ¿dónde estaba?

"¿Me pasa algo en los ojos?" Palpó la piedra y todo su alrededor con las manos. La copa había desaparecido. ¿Podría haberse caído? Miró desesperadamente a todos los lados. La copa había

desaparecido.

Un pinzón de montaña se posó en una roca cercana. Liputto preguntó: "Pinzón, ¿has visto mi taza de plata?".

El pinzón dijo en Twitter: "He visto dos trolls. Uno llevaba algo que brillaba".

A Liputto le temblaban las piernas de miedo. Tuvo que sentarse. ¿Había ocurrido lo peor! Y si se trataba de dos trolls malvados, ¿qué travesuras harían?

"Finch, dime, ¿qué aspecto tenían? ¿A dónde fueron?"

El pinzón tuiteó: "Uno llevaba una red, el otro un gancho afilado, tipos feos. Se dirigieron hacia el bosque de la parte baja de la montaña".

Liputto se congeló. Sus piernas estaban casi paralizadas. Sólo con un gran esfuerzo pudo poner un pie delante del otro y salir lentamente hacia el bosque inferior.



Cuando la Copa se perdió

Liputto nunca se había sentido tan triste y derrotado. *¿Por qué dejé la copa en la piedra? ¿Qué cosas horribles harán los trolls con ella? Nunca podré volver a mostrar mi cara en la cascada.* Así corrían los pensamientos por su cabeza. *Deberá*

¿Me hundo en lo más profundo de la tierra y trato de olvidar lo que hay arriba? ¿No! ¿Tengo que intentar recuperar la copa, aunque me hagan pedazos!

Mientras tanto, los dos pícaros habían desaparecido en el profundo bosque. Una vez el Troll de la Red olió dentro de la copa y se quemó la nariz. "¡Ay, ay!", gritó, "¡Ese jugo es muy fuerte!"

El Gnomo Garfio metió el dedo con cuidado. "¡Ay!", gritó, "¡Quema! Hay magia fuerte ahí dentro!"

Se sentaron en una roca en un pequeño claro del bosque para pensar qué podían hacer con la copa y el jugo mágico que había dentro. Al Gnomo Garfio se le ocurrió una idea. Le dijo al Gnomo Red: "¡Mira la planta de belladona venenosa que hay allí! Deberíamos poner un poco de su jugo venenoso en la taza y mezclarlo. Así el veneno se hará mucho más fuerte, ¡y entonces podremos hacer algo de magia mala! Sería muy divertido".

A Net Troll le pareció una idea fabulosa. Pusieron la taza sobre una roca y fueron enseguida a buscar algunas de las bayas negras y venenosas. Cuando presionaron el zumo en la taza, el interior de la misma empezó a hacer burbujas y espuma. Los dos gnomos tuvieron que retroceder ante el chorro que salía por todos lados.

Net Troll aplaudió y gritó: "¡Está haciendo algo! Está haciendo algo!" Un hedor tan intenso se extendió por la pradera del bosque que todos los pájaros y animales huyeron.

Pero Hook Troll gritó: "¡Apesta bien, apesta gloriosamente!"

Pero mira eso: Toda una legión de trolls oscuros surgió de la tierra. Empezaron a bailar salvajemente entre el humo y la espuma. El trol de la red y el trol del garfio estaban doblados de la risa. El trol más grande y oscuro gritó: "¡Inhalad el hedor, lamed la espuma; os hará más fuertes! Venid todos a bailar". Y el baile retorcido, ruidoso y frenético continuó alrededor de la copa hasta que ésta quedó completamente negra.



Liputto entró en el bosque inferior justo cuando la fiesta estaba en su punto más alto y febril. Oyó a los gnomos gritar y chillar. Se dirigió valientemente hacia las voces, pero se mantuvo oculto entre los arbustos. Se sorprendió y consternó al ver a los trolls tambaleándose entre el hedor y el humo. Vio la copa negra encima de una piedra cubierta de musgo. Sólo salía un poco de espuma, porque estaba casi seca. El musgo y la hierba que la rodeaban también estaban negros.

Liputto se armó de valor. Corrió en medio de los trolls oscuros, agarró la copa y la vació sobre la piedra. Rodeó la copa con ambas manos y la apretó contra su pecho. Los trolls oscuros se acercaron amenazadoramente a Liputto desde todas partes. Lo tiraron al suelo y lo pisotearon. Pero no pudieron llegar a la copa porque Liputto la mantenía muy cerca de su pecho.

Para cuando los desagradables compañeros hubieron descargado su ira, ya era de noche en el bosque. Los trolls oscuros se adentraron en la oscuridad. El Gnomo de la Red y el Gnomo del Gancho se fueron con ellos. El bosque volvió a quedar en silencio.

Un antiguo Espíritu del Árbol salió de un fresno de montaña. Lo había observado todo, pero sólo podía salir de su árbol cuando brillaba la luna. Lentamente y con un poco de rigidez, se dirigió al prado. Quería ver si los gnomos habían destrozado al pobre gnomo.

¡No! ¡Estaba vivo! Liputto había caído contra la piedra, y ésta había sido una especie de protección. En la oscuridad, muchos de los trolls habían pisado la piedra y pensaron que era la espalda del gnomo. El Espíritu del Árbol se agachó hacia él. Rozó el cuerpo y las extremidades de Liputto con sus bayas anaranjadas

manos de la cabeza a los pies. Lentamente, el gnomo volvió en sí. Asintió un poco con la cabeza; movió el pie. Suspirando profundamente, se puso de lado. La copa de color negro seguía apretada bajo su barbilla.

El Espíritu del Árbol habló con una voz profunda de corteza de árbol: "Pobre gnomo, ¿por qué querías agarrar la copa negra?".

Pero Liputto permaneció en silencio. Todavía no era capaz de recuperar la voz. El Espíritu del Árbol le rozó ahora muy tiernamente la cabeza, el pecho y las extremidades. Cuando rozó la copa, el gnomo se estremeció y volvió a sujetarla con mucha fuerza. El olor apestoso aún flotaba en la pradera. Un par de elfos nocturnos bajaron flotando en un rayo de luna, pero cuando se acercaron a la tierra ennegrecida, volvieron a subir.

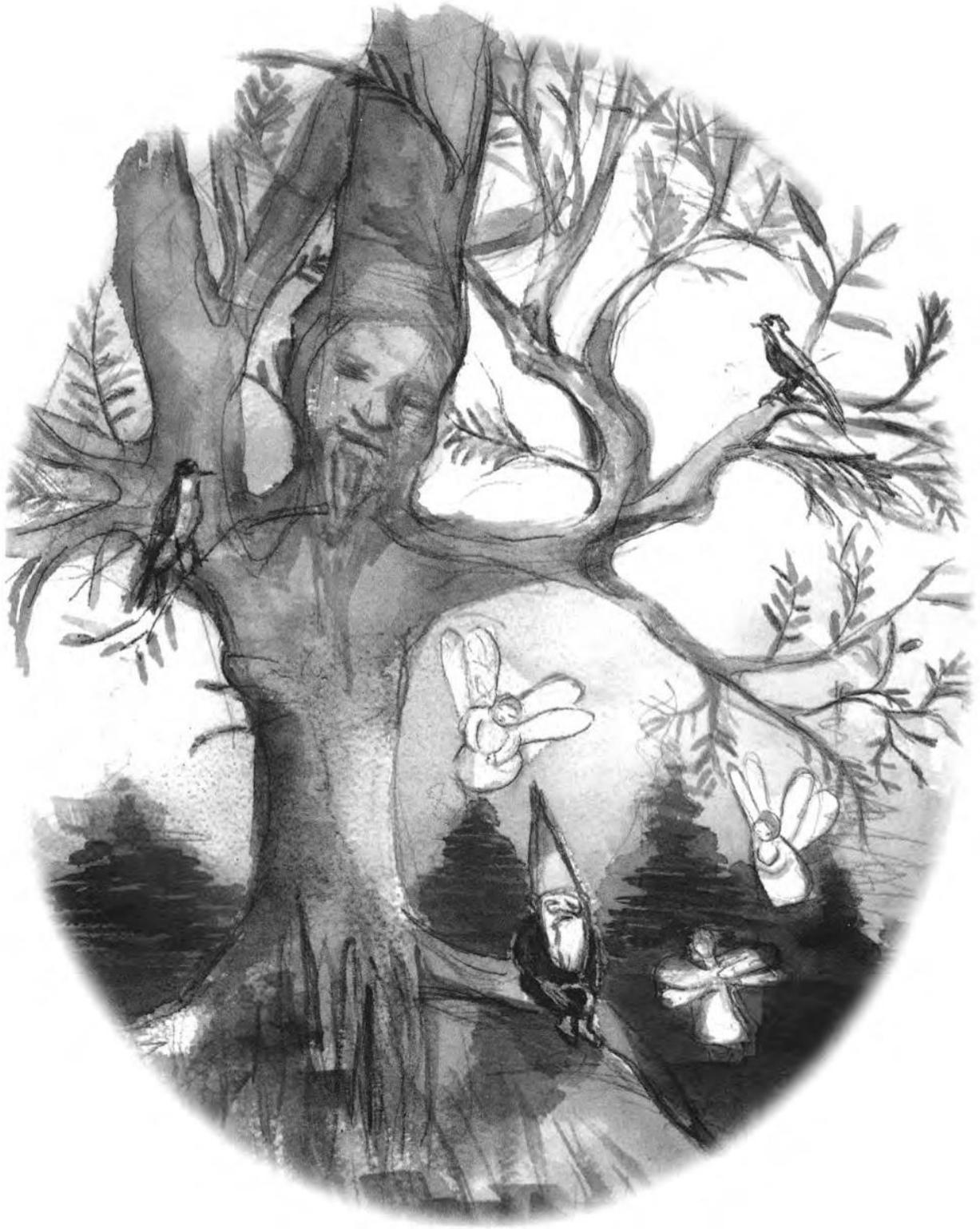
El Espíritu del Árbol les llamó: "¡Elfos, venid aquí! Tened piedad de la pobre criatura".

Los elfos se acercaron. Estaban medio curiosos por saber quién les llamaba y qué clase de criatura era la que debían ayudar. Uno susurró: "Es el buen Liputto, al que nuestra hada le dio la copa de plata. ¡Oh, no! ¿Qué pasa? La copa está toda negra".

El Espíritu del Árbol se acercó y les hizo sitio. Un elfo flotó hasta la cabeza de Liputto, otro hasta sus pies y otro se sentó en su pecho, lo cual estaba bien porque los elfos son ligeros como una pluma. Cuando empezaron a tararear una pequeña canción, vertieron un poco de energía vital en sus extremidades. El elfo de la cabeza de Liputto le devolvió la forma a su nariz golpeada y doblada. El elfo de los pies le sacudió las piernas. El que estaba en su pecho aflojó sus dedos acalambrados alrededor de la copa y comenzó a pulirla. El Espíritu del Árbol se levantó y contempló la escena con la boca abierta.

Liputto se despertó lentamente como de un mal sueño. Extendió sus manos y dedos temblorosos en el aire. Suavemente, vacilante, preguntó: "¿Dónde está la tacita? "Un elfo se la puso en la mano.

Liputto dijo con tristeza: "Ya no brilla. Ha perdido todo su brillo". Agachó la cabeza y se lamentó. Ahora los elfos querían saber qué le había pasado a él y a la copa.



El Espíritu del Árbol interrumpió: "Acércate a mi viejo fresno de montaña. El suelo no apesta allí. Y no puedo estar lejos de mi árbol por mucho tiempo, o sus hojas se caerán todas".

Con un paso largo y algo inseguro, el Espíritu del Árbol se adelantó, y los elfos y Liputto le siguieron. El Espíritu del Árbol se metió en su árbol, dejando sólo su cabeza colgando un poco. Liputto se sentó en una raíz nudosa. Había recuperado la voz y así contó la larga historia, empezando por la cueva de cristal y terminando con los terribles trolls.

Cuando terminó, agradeció al Espíritu del Árbol su ayuda y a los elfos su amabilidad. Pero continuó con tristeza: "La copa está oscura y seguirá estándolo. Nunca más podré ir ante el hada de la plata para pedir las gotas mágicas y llevarlas a las plantas, los animales y las personas".

Entonces se oyó la voz profunda y antigua del Espíritu del Árbol: "La energía solar de Dios ha sido colocada mágicamente en la Tierra. Arde en cristales y joyas, y aviva las plantas y los árboles. Si recoges algo de esta luz en tu copa, entonces la oscuridad puede ser transformada por la luz solar de la Tierra. Pruébalo".

Liputto pensó inmediatamente en la cueva de cristal escondida. Dijo: "Querido Espíritu del Árbol, me has dado nuevas esperanzas y valor. Sí, tomaré mi pequeña y oscura copa y emprenderé el largo viaje para recoger la energía de la luz de los cristales y las piedras preciosas".

Un elfo añadió: "No olvides que también puedes obtener la luz del sol de las flores. Cualquier belleza que miren tus ojos brillará en tu tacita".

El Espíritu del Árbol continuó: "Cuando los pájaros cantan en mis ramas, eso también es energía luminosa y brillante. Deja que su canto resuene en tu pequeña copa. Descansa en mis raíces esta noche. Ellas traen la savia de la vida desde lo más profundo de la tierra, y eso te devolverá la salud por completo".

Los elfos susurraron: "Buenas noches, Padre Espíritu del Árbol. Vamos a navegar de nuevo en los rayos de la luna. Buenas noches, querido Liputto. Nos veremos en primavera, después de que hayas hecho el viaje Tierra-Sol con la copa, y cuando esté lista para brillar de nuevo."

Tras estas palabras, los elfos volvieron a subir a las alturas. Y Liputto se arrastró hacia las raíces del árbol. Se envolvió en la copa. Y mientras dormitaba, sintió el silencioso goteo de la savia de la ceniza al fluir por las raíces. Y sintió cómo empezaba a fluir dentro de él y le daba fuerzas renovadas.

O El sueño de la Copa

n esta ocasión, Liputto estaba tan cansado que se quedó profundamente dormido. En seguida se encontró de nuevo en la cueva de cristal. Movi6 sus manos ligeramente sobre la superficie lisa de los cristales y roz6 sus bordes. Susurr6, "¡Qu6 hermoso! Te quiero". Cuando unas gotas de luz del techo cayeron en la tacita, el interior de 6sta se volvi6 plateado.

El sue6o llev6 a Liputto a los florecientes prados de la monta6a. Admiraba las hermosas flores y las coloridas mariposas. Una l6grima de admiraci6n ca6a de sus ojos en la taza de vez en cuando. Y ¡mira! Algunas escamas oscuras empezaron a desprenderse del exterior de la copa, y por debajo brillaba igual de plateada que antes.

A continuaci6n, el sue6o llev6 a Liputto al bosque. Se encontr6 con un conejo y luego con una ardilla. Los esp6ritus de los 6rboles le sonrieron y le gui6aron el ojo. Cuatro p6jaros en una rama alta cantaban tan alegremente que 6l se qued6 quieto para escuchar. El eco del canto de los p6jaros resonaba en la copa. La copa temblaba delicadamente en su mano y se desprend6a m6s polvo oscuro.

Al instante, el ni6o pastor de cabras y la peque6a Zo6 estuvieron con 6l. Se rieron de felicidad al verlo de nuevo, y la tacita tambi6n se ri6. Eso bast6 para que el resto del oscuro holl6n que cubr6a la taza se desprendiera por completo. La taza brillaba de plata.

Tres elfos bajaron flotando hacia Liputto desde lo alto, lo levantaron y lo llevaron por el aire hasta la cascada. La luna brillaba. El hada sali6 de la roca y le hizo un gesto para que se acercara a ella. Cuando Liputto le puso la copa en la mano, not6 un anillo estrecho y oscuro en el borde superior de la copa. El hada pas6 su mano por el anillo oscuro y 6ste se transform6 en oro.

"¡Mira, qué bonito!", gritó, "¡una copa de plata con una banda de oro!".

Cuando Liputto despertó de su sueño, inmediatamente miró su taza. Todavía estaba negra. Pero el sol estaba saliendo en el cielo. Se levantó, a pesar de que todavía le dolían las extremidades por el pisoteo del trol. Lleno de curiosidad, el Espíritu del Árbol asomó la cabeza por el tronco del árbol.

Liputto le llamó: "¡Adiós, buen Espíritu del Árbol! ¡Gracias por tu ayuda! Me voy a ir de viaje. Un sueño me ha mostrado cómo puedo volver a hacer la copa de plata. Hoy iré a la cueva de cristal. Allí es donde empezaré. Cuando mi copa vuelva a ser de plata y regrese del hada de la cascada, me detendré aquí para mostrarte que tiene un borde dorado".

Liputto saludó con la mano y siguió su camino. El Espíritu del Árbol se mecía de un lado a otro en el fresno de la montaña, tan contento de que Liputto fuera tan alegre y valiente mientras continuaba su vagabundeo por el mundo.



Waldorf
PUBLICATIONS

Calle principal 38
Chatham, NY 12037